



Premios y eventos Ediciones Alarcos Libretos Tablas Nuestra sede



## OFICIO DE LA CRÍTICA A pleno sol

**Oswaldo Cano**  
**Fotos: Pepe Murrieta**



Escrita en 1958, por René Marqués, *Los soles truncos* es una pieza antológica de la dramaturgia latinoamericana. Ahora, a casi siglo y medio de salir a la luz, el texto del importante autor puertorriqueño escala las tablas de la sala Hubert de Blanck. Allí un elenco de la Compañía de igual nombre, guiado por Doris Gutiérrez, propone un diálogo con el espectador contemporáneo respetando las claves del original y proponiendo un montaje que sobresale por su teatralidad.



*Los soles...* es una obra de madurez. Antes de su creación Marqués había fraguado *Palm Sunday* (1949), *El sol y los Mac Donald* (1950), *La muerte no entrará en palacio* y *La carreta* (1952). Piezas en las cuales es visible su vocación nacionalista y la aguda e incisiva crítica que tiene como blanco los mecanismos de dominación colonial. Ese es precisamente el punto de mira de la que, para muchos, resulta su obra mayor. En *Los soles truncos* el autor relata la historia personal de tres frustradas hermanas pertenecientes a la clase alta boricua. A partir de sus biografías el dramaturgo describe una parábola que le permite analizar que peligros gravitaban sobre Puerto Rico a mediados del pasado siglo.

Tomando como punto de partida un cuento de su autoría titulado *Purificación en la calle del Cristo*, Marqués va hilvanando una historia que relata las consecuencias y traumas acarreados por el traspaso de metrópoli que se verifica en su país en el ocaso del siglo XIX. Los restos de la familia Burhardt, compuesta por tres indefensas ancianas, le sirven de pretexto para lanzarse a realizar un análisis a fondo de las prerrogativas, sentimientos y temores que asaltaban a muchos de sus compatriotas. El intento desesperado e ingenuo de estas angustiadas criaturas por detener el tiempo, único recurso que –a su juicio– les permitirá sostener incólume e incontaminado un pasado glorioso, es puesto a contender contra la pujanza y fiereza de una nueva época y la agresividad de los flamantes dueños de una nación que simplemente ha cambiado de amo. Aunque estoica, la resistencia

de las ancianas no puede impedir que sus ambiciosos enemigos se apropien de la casa-nación, pero antes prefieren hacer que el fuego consuma y purifique tanto al recinto en disputa como a ellas mismas.



Uno de los toques distintivos de la obra estriba en el hecho de estar estructurada a partir de dos planos temporales que interactúan activamente entre sí, creando un trenzado que contribuye a hacer más complicado el discurso y a dinamitar la trama. *Los soles truncos* llama también la atención por la complejidad psicológica de los personajes. Inés, Emilia y Hortensia son seres de carne y hueso. Pese a su apreciable condición simbólica, estas tres mujeres se debaten en medio de sentimientos genuinamente humanos que fueron, en el pasado, capaces de movilizarlas y que terminan por acercarlas a los referentes reales. Pasado y presente se imbrican constantemente en una fábula que en "tiempo real" discurre en apenas unas horas, pero que apelando al recurso de la retrospectiva relata la saga de los Burhardt a través de casi una centuria. Amores contrariados, celos, frustración, encierro, abulia, miedos recurrentes, estigmas, indefensión, renuncia sistemática a la realidad, son algunos de los aderezos que complementan al texto y que contribuyen notablemente a configurar esa atmósfera enrarecida y de innegable impronta chejoviana que termina siendo otro de los puntales del relato.

La puesta en escena se inclina por la ilustración del texto. A la directora le interesa expresamente acercarlo a las condiciones y circunstancias del mundo de hoy. Lo cierto es que actualidad y vigencia le sobran a la pieza de René Marqués. Como apuntaba líneas antes el montaje llama la atención por su teatralidad y la capacidad de traducir al lenguaje escénico la atmósfera opresiva y frustrante que emana de la obra. Un buen nivel interpretativo, la creación de un ámbito sugerente y enrarecido, unido a la inteligente utilización de un tempo y un ritmo cadencioso, pero intenso, son algunas de sus virtudes. El cuidado puesto en los detalles y la selección de un equipo de colaboradores cuyo aporte es sustantivo en la conformación de la imagen global del espectáculo son otros de los aciertos de Doris Gutiérrez.

Entre los aspectos que llaman la atención en la imagen escénica de *Los soles...* están las luces de Saskia Cruz. Gracias al esfuerzo de Jorge Luis Jorrín es rescatado el excelente diseño elaborado por la desaparecida creadora. La iluminación atiende cuidadosamente a las pautas del texto. Esto es perceptible tanto en la utilización de los colores, que reproducen las tonalidades de los vitrales de la antigua mansión, como en la concepción de una atmósfera espectral que termina siendo uno de los rasgos distintivos del montaje. La escenografía, también de Saskia Cruz, pone de relieve la decadencia de un mundo antes opulento. A partir de la utilización de tejidos, muebles y otros elementos conforma un coherente entorno cuya capacidad de sugerir y ubicar al espectador en un ámbito acorde a lo descrito por el autor es otro de sus aportes. Funcionales y gráficos, el decorado y las luces, trazan sin dar pie a equívocos la segura descripción de unas criaturas desorientadas y empeñadas en vivir al margen de la realidad. La banda sonora, de Adrián Torres, sobresale por su delicadeza y capacidad para amalgamarse al ritmo de la representación, a la par que va creando un clima de identificación y nostalgia muy a tono con lo fabulado por Marqués.



Había apuntado que la faena del elenco es de buen nivel. La plasmación de ese universo a la deriva, cuyos habitantes niegan el presente en un desesperado intento por defenderse de una realidad hostil, es asumida por Amada Morado, Marcela García y Doris Gutiérrez. Morado nos propone una Hortensia sufrida y batalladora, compleja desde el punto de vista psicológico y puntal indiscutible de su hogar. El énfasis puesto en las zonas más intensas de la trama y la sinceridad y dominio de la escena son algunos de los argumentos con que contó la actriz para convencer. Una de las virtudes de su labor está el hecho de hacernos cómplices del mundo interior de una controvertida mujer víctima de los convencionalismos y criterios estéticos de su tiempo. García sorprende gratamente por la fuerza y variedad de matices que le imprime a su personaje. La actriz construye su interpretación a partir de la exposición del bullente mundo interior que posee esta criatura. Al hacerlo encuentra los tonos y sentimientos adecuados en cada caso y los transmite a la platea con una mezcla de cordura y pasión. Gutiérrez encuentra en la sensible y apocada Emilia un papel que le permite realizar una buena interpretación. Sus mejores momentos están precisamente vinculados al sentimiento de inutilidad e indefensión que deviene sello distintivo de su accionar.

Con *Los soles truncos* Doris Gutiérrez vuelve a hacer patente su interés por simultanear su carrera de actriz con la de directora, función para la cual ha mostrado estar dotada. Prueba de ello resulta este espectáculo. Coherencia, un empaque austero pero llamativo, capacidad para conducir al elenco, armonía en los diferentes rubros que componen la puesta, profundización en la psiquis de las protagonistas, son algunos de los aspectos que llaman la atención en el montaje de *Los soles...* y que ponen de manifiesto las facultades creativas de Gutiérrez.

---

© **Tablas - Alarcos Casa Editorial (2007)**

Webmaster: Adys González de la Rosa • Diseño: Idania del Rio • Programación: René Hernández